

cepto básico de nuestra religión. Y el significado del sufrimiento no debería hacernos olvidar que hemos aceptado la doctrina del sufrimiento como la definidora de la explicación y justificación de una vida dominada por el dolor. Pero en nuestra teología olvidamos que esta explicación se hace mediante los símbolos que constituyen la estructura del arte y que estos símbolos tienen su significado en su contenido de acción moral. Lo que da a la Cristiandad su poder y su verdad es la Cruz.

Y sin embargo, nosotros decimos que la vida es el fin y el objetivo de la motivación religiosa. Naturalmente pasamos por alto la realidad de la vida a trueque de sus posibilidades ideales, al olvidar que la vida como existencia carece de posibilidades ideales. De este modo no hay conexión entre el ideal de la vida y su actualidad. Cuando menos ninguna que no viole todas las leyes del pensamiento y apele a lo irracional de la magia.

La religión implica y supone realidades, pero estas realidades no pueden hacerse inteligibles fundamentándolas en una causa infinita, ni pueden ganar status a través de una lógica que intente reconciliar valores y existencia usando símbolos abstractos. La Lógica y la Filosofía prueban exactamente lo contrario de lo que quisiéramos que probaran. Así se reduce el fin de la religión a exhortar y persuadir y la teología con su lógica y sus doctrinas a una parte del ritual y nuestras argumentaciones se transforman en persuasión moral dirigida en gran parte a nosotros mismos, para mantenernos en nuestras convicciones.—
S. del C.

MACKENNEY (John L.): *Concerning Russell's Analysis of Value Judgements*, en «The Journal of Philosophy», LV, 9 (1958), 382-389.

Russell, al preguntarse si existe alguna clase de conocimiento ético, responde que sí. Pero su razón no está en los hechos de la percepción, sino en las emociones y sentimientos que han dado origen a los conceptos de recto o torcido, bueno o malo.

Según el autor, ello quiere decir que en la ausencia de una capacidad indicadora de la terminología del valor, la sola función que queda a los juicios éticos

es la de expresar las emociones del *speaker* en cuenta de influir la conducta de los otros.

El pensamiento de Russell no se extiende a que el juicio ético debe convencer a la gente de que nuestros estados emocionales exigen respeto y atención y que deben ser imitados, lo cual es propiamente un problema político más que ético.

El problema ético es semejante a la problemática física. En orden a verificar los juicios éticos debería haber una correlación empírica entre juicio y objeto experimental. Pero convencido de que esta comprobación no puede hacerse en la teoría ética, Russell retrocede a la interpretación emotivo-persuasiva de los juicios de valor.

De hecho, la ética de Russell se resolvería en términos psicológicos, y ello en cuanto pudieran comprobarse las investigaciones empíricas de los juicios de valor; la cual averiguación pertenece propiamente a la psicología experimental, en un nivel muy diferente de donde tradicionalmente viene siendo estudiada la ética, e inclinándose a ser resuelta en términos accesibles al campo de la actividad e influencia interhumana (política). Esto reconoce el propio Russell cuando escribe que para llegar a la objetividad en la ética debe apelarse a la mayoría de los valores acusados en juicio moral, lo cual lleva el problema de la ética personal a la ciencia política, entonces casi inseparable de la ética.—
A. S.

KOLENDA (K.): *Science and Morality*, en «Mind», LXVII, 266, 1958 (páginas 203-215).

A juicio del autor, el conocimiento de la estructura de las expresiones éticas no puede establecerse sin una discusión previa acerca de la naturaleza de la estructura de las expresiones que significan conocimiento en general. De aquí que sea necesario estudiar las semejanzas y diferencias entre los juicios que expresan proposiciones científicas y los juicios que expresan proposiciones morales.

Las proposiciones de las ciencias naturales son las que mejor sirven de ejemplo de proposiciones que expresan conocimiento. El contenido de estas proposiciones, es decir, lo que las propo-

siciones expresan más allá de su significado proposicional, son hechos vinculados a una cierta regularidad. Precisamente por esta circunstancia es posible una descripción generalizada. Ahora bien, en el caso de las proposiciones morales esta estructura general también expresa un cierto conocimiento cuyo contenido se pretende que tenga una cierta regularidad. No expresa lo mismo la proposición «Pedro no debe hacer eso» que la proposición «Yo debo devolver el libro prestado». El índice de generalidad se plantea con más fuerza en una que en otra proposición. La estructura conceptual no es, pues, idéntica en todos los casos, precisamente por el contenido a que aluden, y así se llega a la conclusión de Toulmin, según la cual las prescripciones de una generalización con pretensiones de legalidad no pueden separarse del contexto concreto desde el cual se ha formulado. En el orden científico, el contexto concreto define la prescriptividad y en cierto sentido la estructura de la prescriptividad. Pero el autor se plantea el problema comparándolo con los contenidos morales. La cognoscitividad en las proposiciones morales se refiere a aspectos rutinarios, es decir, a una legalidad que procede de la continuidad de ciertas actitudes. Precisamente en función de esta continuidad es posible una cognoscitividad. La legitimidad del campo cognoscitivo aumenta por el elemento «frontera», vigente en la moral. En el orden físico los teóricos acentúan el valor de la frontera cognoscitiva en función de los hechos; en el orden moral la frontera cognoscitiva está en conexión con los elementos rutinarios.

El autor concluye, pues, que hay similitudes substanciales que justifican que se consideren las proposiciones morales como proposiciones cognoscitivas comparables a las que se emplean por los científicos, aunque esto no quiere decir que la asimilación pueda ser total. — E. T. G.

Lotz (Job B.): *Denken und Sein nach den jüngsten Veröffentlichungen von M. Heidegger*, en «Scholastik», XXXIII, 1, 1958 (págs. 81-97).

Constantemente se repite en la filosofía de Heidegger el tema de las relaciones entre pensamiento y ser, lo que de-

muestra que los temas filosóficos centrales tienen una incuestionable permanencia. Es un tema de la filosofía griega; por otra parte, el pensamiento filosófico de Heidegger está tan próximo intencionalmente al pensamiento helénico que es explicable la reiteración de este tema básico.

El autor de este artículo recoge una serie de afirmaciones de Heidegger sin apenas hacer comentarios, de tal manera que se limita a resumir de un modo coherente el pensamiento básico heideggeriano. El primer tema que trata, no como tema, ni como categoría, sino como punto de partida esclarecedor, es el de la situación histórica, en la cual situación histórica Heidegger cree que es tarde para lo divino y pronto para el Ser. En todo caso esto no se puede interpretar como un juicio de valor religioso, sino como una fórmula en la que se expresa una situación generalizada. En esta situación el pensamiento diríamos que busca el ser y que en este sentido toda filosofía es ontológica. Ahora bien, la búsqueda del ser no puede realizarse a través de unos esquemas metafísicos, agotados ya en la filosofía de Nietzsche. De aquí que Heidegger busque la superación de la metafísica. Esta superación la ejemplifica históricamente por un retorno a los presocráticos. El presocratismo reflejaría en cierto modo nuestra situación actual del pensamiento a la búsqueda del ser.

Partiendo de Nietzsche y del estudio de Heidegger sobre Nietzsche, se llega a un criterio valorativo situacional, en virtud del cual la razón intenta explicitar los valores asequibles y negar los inasequibles. El momento actual tiene un conjunto de valores asequibles que eran para pensadores de hace relativamente poco tiempo inasequibles o no intelectuales. Así el nihilismo es una constante en el proceso de la metafísica, pero es una constante que está en función de la inasequibilidad de ciertos valores. Heidegger ha intentado rebasar el tiempo pasado e incluirse como filósofo de los valores que aparecen en nuestro horizonte, y en ese sentido pretende que el «fundamento» se ofrece por primera vez con una problemática ingenua y sin falseamientos intelectuales, de tal modo que tiene pleno sentido la conjunción y en la relación «pensamiento y ser». — E. T. G.